

tos á decir en el caso de una pérdida como el santo Job : « el Señor lo dió, y el Señor lo quitó ; se hizo segun su voluntad, sea el nombre del Señor bendito. » De este modo las riquezas serán útiles y provechosas , servirán para ejercitar las virtudes de la liberalidad, de la misericordia , de la caridad y otras muchas recomendadas en el Evangelio , y los ricos podrán imitar al Padre celestial en la bondad con que llena de beneficios á sus criaturas, como lo hizo el glorioso san Eladio, á quien no sirvieron de obstáculo los bienes de la tierra para lograr los del cielo, ántes bien se valió de ellos para servir al Señor, socorrer á los necesitados y merecer por los méritos de Jesucristo la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN ELOY. (*)

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Vocavi ex nomine Beseleel... et implevi eum Spiritu Dei, sapientiá, et intelligentiá, et scientiá in omni opere.

Llamé á Beseleel por su nombre... le llené del espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia y de ciencia para todas las obras, y para inventar todo lo que puede hacer el arte con el oro, con la plata y con el cobre.

Exod. c. 31.

Hé aquí, ilustres profesores del arte de platería, hé aquí, repito, las admirables disposiciones con que Dios se dignó preparar á Beseleel, aquel platero famoso, que destinaba su sabiduría para fabricar el arca del testamento, y construir las demas obras de oro, plata y otros metales que debian servir en su tabernáculo. No de distinto modo preparó el Todopoderoso á su fiel siervo Eloy, este hombre de Dios destinado por vaso de eleccion para la edificacion de su pueblo ; este ejemplar de virtudes heróicas, donde se dignó coronar sus dones ; este hombre extraordinario, que hacia suceder en admirable alternativa al trabajo la oracion, á la oracion la penitencia, á la penitencia la instruccion del pueblo, á la instruccion del pueblo la contemplacion, á la contemplacion la disputa con los herejes, á la disputa con los herejes los oficios de piedad, á estos la conversion de los gentiles, y que hecho todo para todos, como otro Pablo, no daba ménos ejemplos de oficiosidad y de virtud á los ilustres profesores de su arte, que de celo y de piedad á los prelados de la iglesia, y á todos sus hermanos en Jesucristo. Formemos pues su elogio con arreglo á estos dos estados de su

(*) Predicado en Granada á la hermandad de los plateros.

admirable vida, considerándole primero como ejemplar de plateros; segundo, como modelo de obispos: dos breves reflexiones, que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas y brillantes, son á lo ménos sólidas, dignas de esta cátedra, y á propósito para instruir. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de María santísima. *Ave María.*

Vocavi etc.

Como Dios es la bondad por naturaleza y la misericordia por esencia, ordenó la sociedad cristiana bajo un plan de providencia tan benéfico, que pudiesen todos salvarse en su estado. Como su voluntad sincera de salvar al hombre es universal, y no todos pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni vivir todos en la estrechez de un claustro segregados del mundo, dispuso que pudiese cada uno obrar su eterna salud en cualquiera de las ocupaciones honestas de la sociedad, cumpliendo exactamente con sus obligaciones respectivas. En crédito de esta verdad, y para estímulo de sus escogidos, ha suscitado de tiempo en tiempo en cada uno de los empleos honestos de la vida humana héroes de santidad, que le publicasen glorioso, y sirviesen de ejemplar á los demas. Esta es una máxima fundamental de la doctrina de Jesucristo, acreditada por testimonios auténticos de todos los siglos, y que nos muestra san Eloy en calidad de platero y de obispo. Reflexionemos sobre su vida, para formar justa idea de esta verdad.

Dios, que destinaba á Eloy para edificacion de muchos en su pueblo, dispuso que su madre, como la de Isaac, la de Sanson y la del gran Bautista, tuviese aun ántes de nacer indicios ciertos de su futura santidad. Un águila hermosa, que volaba halagüeña sobre su dormitorio, le sugería la idea del rápido vuelo, ó por mejor decir, de la sublime santidad del fruto de sus entrañas. La provincia de Lemosin en Francia vió en su hemisferio esta gran luz, cuya claridad debia difundirse hasta los confines mas remotos del mundo. Sus padres, recomendables por su piedad y loables costumbres, miraron como su primera obligacion educarle en el santo temor de Dios, instruyéndole en los misterios de su verdadera religion, y en la observancia de los preceptos de su sana moral.

Semejante educacion apoyada sobre la gracia, y conducida con celo cristiano, ¿qué podia producir sino un jóven temeroso de Dios, aplicado á la piedad y al culto, obediente á sus padres, dócil á sus mayores, y de costumbres irreprochables? Su urbanidad con todos, la dulzura de su trato, la honestidad de sus acciones, la gravedad y circunspeccion de sus palabras, y la gracia singular que Dios habia derramado sobre los labios de Eloy, le hacian ser mirado como ejemplar de virtudes desde su mas tierna edad.

Queriendo sus padres preservarle de los peligros de la ociosidad, este fecundo origen de todos los vicios, le aplicaron al arte de la platería, ocupacion, si bien honesta, recomendable y útil al gran cuerpo de la sociedad, y á la decencia del santuario; pero que expone el alma al mismo tiempo á los mayores riesgos. Tienen los tesoros de la tierra tan poderoso influjo sobre el corazon humano, que brevemente le corrompen, haciéndole reo de las mayores injusticias. La avaricia y el ansia de poseer riquezas ajenas ha sido en todos los siglos el origen de la ruina, no solo de muchas almas, sino de muchos imperios. Los babilonios, por ejemplo, los egipcios, los persas, los caldeos, los asirios, los griegos, los cartagineses, los romanos y muchas otras naciones ¿no se han destruído mutuamente en la sucesion de los tiempos, por ocupar los unos el oro y las posesiones de los otros? ¿Quién llevó sobre Jerusalem el furor de las armas de Nabucodonosor, de Antíoco, de Alejandro, de Eliodoro y de Trifon? el deseo de robar los tesoros del templo. Sin salir de nuestra Península, ¿quién sino sus riquezas hicieron venir á España desde tiempos remotísimos á los fenicios, celtas, griegos, cartagineses, romanos, con los demas pueblos y naciones bárbaras, que mas de una vez la han inundado y destruído en el progreso de los siglos? Tanta es la fuerza y atractivo de los tesoros, y tanto es mas digno de alabanza el que no confia en estas riquezas, ni se deja arrastrar de la falsa brillantez del oro.

Pero como Dios destinaba á Eloy para ejemplar de la integridad y desinterés de los plateros, se dignó preservarle como á los Tilos, Anastasios y Andrónicos, individuos santos de este arte, de la tentacion vehemente de avaricia por el oro y preciosos metales que manejaba. Su aplicacion constante al destino que le habia dado la divina Providencia, junto con la pro-

fundidad de su ingenio y un noble desinterés en sus manufacturas, le hicieron en breve tiempo superior á sus maestros, y el platero mas célebre de su siglo, sin que su habilidad le hiciese orgulloso, ni su aplicacion al trabajo le separase de las obligaciones de cristiano.

Frecuente en la oracion, en el templo y en los ejercicios de piedad, mortificado, austero, penitente, mas parecia anacoreta que artesano. Aplicado á su obrador, activo y laborioso en su arte, parecia multiplicarse en su presencia, segun la diversidad de sus funciones, ó las necesidades de sus prójimos. Aquí trabaja, allí ora; aquí fatiga sus miembros con el martillo, el cincel, las gratas, el buril y el suaje, allí los reduce á servidumbre con la disciplina y el ayuno; aquí enseña á sus discípulos á perfeccionar sus obras, allí edifica al pueblo con su asistencia religiosa al templo; aquí los instruye á fundir el oro, los metales preciosos para las manufacturas de su arte, allí les enseña á derramar y liquidar el corazon delante de Dios. Aquí engasta en los metales las piedras mas preciosas, haciéndolas resaltar con su brillo, allí en fin graba en su corazon y en el de sus discípulos las virtudes cristianas, estas preciosas margaritas de valor inestimable. Léjos de su obrador, repito, esta falta de exactitud, de integridad y legalidad en las obras, que arruinan á un mismo tiempo el arte y las conciencias de muchos de sus profesores: léjos esta falta de ley en los metales, que ademas de la injusticia manifiesta lleva consigo el deshonor del arte, suprime su reputacion, y le arruina, haciendo á sus individuos responsables á Dios y al estado de las gruesas sumas que por este descrédito de sus manufacturas se extraen fuera del reino.

Yo, señores, no pretendo agradar á los hombres, ni temo su censura cuando se trata de la causa de Dios. Soy, aunque indigno, legado de Jesucristo; y como tal os anuncio sus divinas voluntades, no sea que haciendo traicion á la verdad, requiera el Señor vuestra sangre de mis manos. Digo pues á nombre suyo y delante de los ángeles de paz de este templo, que todo el platero que no trabaja á imitacion de Eloy, esto es, con la perfeccion de que es capaz, con la integridad y fidelidad que debe sus manufacturas, es reo de hurto delante de Dios, que no dejará impune su delito; es responsable á su patria y al es-

tado del deshonor de su profesion, del atraso y ruina de su arte, y de los tesoros que por esta causa dejan de entrar en el erario, y se extraen fuera del reino. Ni es inferior el reato de los maestros, veedores, diputados y jueces árbitros del arte, que representan la fe pública, si por una falsa piedad, ó por vil interés, tienen condescendencias criminales, ó no castigan con arreglo á ordenanza á los autores, fautores, y obras que no se trabajan segun ley.

No nos engañemos, señores; Dios no será burlado. Eloy es vuestro patrono, pero vuestro fiscal al mismo tiempo, que condenará vuestras obras si son contra ordenanza. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una ley eterna, cuya observancia es indispensable para salvarse. No es Dios como los hombres aceptador de personas; sus leyes no prescriben con el tiempo, ni los preceptos de su moral dejan de obligar por desusados. Estas máximas son terribles para muchos, mas no por tanto dejan de ser verdaderas.

Ni debeis contentaros con desempeñar exactamente estas obligaciones del arte; debeis tambien imitar á Eloy en el cumplimiento de las de la religion. Este irreprehensible artesano, temeroso de Dios, aspira á la perfeccion cristiana. Á este fin comienza por una confesion general de todos sus defectos, y emprende una vida penitente. Como otro David trae siempre sus pecados delante de sus ojos; riega sus vestiduras y su lecho con lágrimas de compuncion; se levanta muy de mañana á meditar en la ley santa de su Dios, y no cesa de derramar lágrimas penitentes hasta que no ya un Natan profeta, sino un cortesano del cielo, le asegura estar sus culpas olvidadas.

Figuraos desde este momento á Eloy como un hombre celestial sobre la tierra. Su conversacion es en el cielo, y padece las mas vivas ansias por desatarse de los vínculos de la mortalidad, y unirse á su Criador como otro Paulo. El mundo le disgusta, y solo aprehende saciedad en los bienes eternos. Tesoros idolatrados de los mortales, vosotros no pudisteis corromper á Eloy, que aspira in cesar á conseguir la preciosa margarita de Jesucristo, con quien vive crucificado y sepultado al mundo.

¿Mas quién podrá reducir á compendio el cúmulo de virtudes heróicas con que Dios distinguió á este santo platero? Al paso que trabajaba con sus manos en los tesoros de la tierra, grababa en su alma el amor del Señor y la caridad con el pró-

jimo, que miraba como joyas de infinito valor, y como su único patrimonio. La noche, que parece debía servir de reposo á sus cansados miembros, servia en la mayor parte al ejercicio de la oracion, á sus vigiliass y penitencias tan continuas, que mas parecia esqueleto animado que hombre.

Cómo la caridad es tan ingeniosa, le proporcionaba tiempo y medios para llenar todas sus obligaciones; de suerte que sin faltar á la de su trabajo, visitaba los enfermos, servia en los hospitales y casas de misericordia; y sin mas fondos que los de su trabajo é industria redimia cautivos, socorria huérfanos y viudas, y cual otro Abrahan ejercitaba la hospitalidad con los peregrinos. Vida maravillosa y ejemplar, que al paso que le conciliaba el amor de Dios, le atraía la benevolencia de los hombres y la reputacion entre los príncipes.

Bien sabeis cuán grande fué la que gozaba en la corte de Dagoberto y de Clotario, donde vino á ser árbitro del corazon de estos monarcas. Pero esta reputacion, que emplean de ordinario los grandes en satisfacer sus pasiones, ó saciar su ambicion y su avaricia, solo servia á Eloy de estímulo para aumentar su caridad con los pobres, y extender el culto del santuario. ¿Qué de necesidades no socorrió? ¿qué de monasterios no edificó por todo el reino? ¿qué de limosnas no hizo en aquella célebre embajada de Inglaterra, á que le comisionó Dagoberto? Al paso por los lugares pequeños de Francia, tocaba sus miserias, y exclamaba lleno de compasion: « ¿Qué es esto? ¿Cómo engañan al rey los que andan á su lado, diciéndole que está sobrado el reino, siendo así que perecen los lugarillos? ¿Por ventura el reino es solamente París y Leon? « Porque la corte vista bien, coma con regalo, pasee con pompa, ¿basta esto para decir que esta descansada la Francia?... « Yo volveré al rey, y le informaré del estado de su reino, que como él no le ve por sus ojos, no es mucho que los aduladores le engañen. Mas entre tanto, hermanos míos, repartid á los pobrecitos cuanto llevo, que Dios nos proveerá. » Tanta era su confianza en el Señor, y tanto el ardor de su caridad con el prójimo. Seria nunca acabar, si quisiese hablar individualmente de sus heróicas virtudes en calidad de secular: ya es tiempo de presentaros las que ejercitó como obispo.

Clodoveo quiso proveer á la iglesia de un prelado tan ilustre, que pudiese ser ejemplar de los demas. Así á pesar de su re-

nuncia, que presentó con lágrimas, le hizo consagrar obispo noviomense en 14 de marzo de 650. Una dignidad tan elevada solo sirvió de humillar mas y mas el corazon de Eloy. Siente desde luego el grave peso de sus obligaciones, y arde en el deseo de promover la causa de Dios y el bien de sus hermanos, que son principalmente las dos cosas que califican el ministerio episcopal. Reflexionemos brevemente.

El celo de la honra de Dios, esta especie de pasion santa, fruto de la caridad y estímulo de ella misma; este deseo ardiente de santidad, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los gentiles, y despreciado de los herejes y malos cristianos; el celo, digo, de la honra de Dios viene á ser, para decirlo así, el carácter de Eloy, que nada desea con mas ansia que ser anatematizado por Cristo. Dios, que en otro tiempo habia suscitado un Atanasio para confundir á los arrianos; á los Jerónimos y Agustinos contra los Nestorios, Maniqueos y Pelagios, suscitó á Eloy en el siglo VII contra los enemigos de su ley, y contra las tinieblas de la ignorancia y del error.

Los simoniacos, estos espíritus rebeldes, adversarios declarados del Espiritu santo, que infestaban á la sazón la Francia, proveyeron abundante materia á su celo. ¿Qué de conferencias ya privadas ya públicas no sostuvo contra ellos? ¿Qué de veces no los confundió en sus sermones? Hizo presente á Clotario cuán lamentable desorden es comprar los oficios y dignidades eclesiásticas, haciendo materia de codicia lo que debía servirles de temor. De aquí los célebres decretos de este piadoso monarca contra los simoniacos; decretos que debian estar grabados sobre las puertas del santuario en todo tiempo, para impedir que nuevos hijos de Helí le deshonrasen, y que hombres intrusos encendiesen fuego profano en presencia del Señor. La lástima inconsolable es, que en medio de tanto pretendiente injusto, apénas se halla un Eloy que se oponga con vigor á sus designios. Temblarás cada dia, horrible iniquidad, cuando se te presente este tu irreconciliable enemigo: y vosotros, pueblos de la Francia, nos dareis siempre un ilustre testimonio del celo de este nuevo Elías, que supo exterminar á los falsos profetas del error; de este nuevo Gedeon, que supo elevar altares á Dios sobre la ruina de la idolatría; de este nuevo Daniel, á quien tuvieron respeto los mas voraces ele-

mentos, las bestias mas feroces, y que supo conciliarse la benevolencia de los mas grandes reyes á favor de la religion; de este nuevo Esdras en fin, que enriqueció el templo del Señor, contribuyendo con piadoso celo á que el culto interior correspondiese á la exterior magnificencia y aparato.

¿Mas quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su celo episcopal? ¿Qué solicitud igual á la de Eloy, que pasaba el día en el trabajo, y la noche sin reposo, y que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos y á disputar con los herejes? Pero nada le parece bien hecho, si confundidos estos, y reconciliados con la Iglesia, no destierra las densas tinieblas de la idolatría.

¡Qué hermosos son, ó mi Dios, los pasos de este evangelista de la paz! Á ninguno olvida el que á todos ama en Jesucristo. Devora en sus deseos la conversion de los gentiles. Les predica oportuna é importunamente, segun el precepto de san Pablo, los confunde, los aterra, los convence, los ablanda, los instruye, los convierte. ¿Qué de fatigas por ganar á Dios estas almas! ¡A qué peligros no se vió expuesto por el furor de sus enemigos, y por la barbarie de los gentiles! ¡Qué de dias y noches no pasó por los caminos y desiertos, sin otro alimento que el ardiente celo por la salud de las almas! ¡Cuántas injurias no sufrió Eloy de los gentiles de Ambéres, de la Flándria, de la Frisia, de la Suecia, y de otras gentes bárbaras de la costa septentrional! ¡Cuántas veces no le negaron la comida y el hospedaje, haciéndole pasar las noches á campo raso y sobre duras peñas! ¡Cuántas veces en fin no pusieron asechanzas á su apreciable vida!

Pero ni la hambre, ni la sed, ni la persecucion, ni los peligros, ni las aguas de la ingratitud pudieron extinguir su ardiente caridad, ni retardar los ímpetus de su celo episcopal. Todo lo sufre alegre, todo lo tolera por conquistar almas para el reino de Dios. Enciende por todas partes la piedad, y hace brillar el santuario. No digas ya que estás desierta, ¡ó Iglesia santa! deja los vestidos de luto, hija hermosa de Sion, adorna tu casto tálamo con las galas de tu mayor solemnidad. Hé aquí á un fiel amigo tuyo, que agrega á tu rebaño una gran multitud de almas, aplicadas ántes por trofeo al carro del demonio. La impureza, la irreligion, la usura, la mala fe, los juramentos, las blasfemias desaparecen á presencia del celo de vuestro hijo

Eloy, y las tinieblas de la ignorancia y del error se disipan.

Á los esfuerzos y frutos de su celo unid, señores, los admirables rasgos de su misericordia con los pobres, para formar justa idea del mérito episcopal de Eloy. Diré brevemente para no molestar vuestra atencion.

Desde sus primeros años miraba á Jesucristo en los pobres: en su desnudez contemplaba la de su Salvador en la cruz; curaba sus llagas, venerando en ellas las de su Redentor: cuando encarcelados, los visitaba, como si viese á Jesucristo en prisiones. Léjos de Eloy este desagrado, ó por mejor decir, este desprecio de los pobres tan ordinario en los poderosos, como si fuesen ellos dueños absolutos de sus riquezas, ó como si Dios no les hubiese constituido administradores de los necesitados. Las manos de este obispo estaban siempre abiertas para ellos, y Dios para significarle cuánto le agradaba esta misericordia con los pobres, se dignó acreditarlo á fuerza de milagros, ya multiplicando en las vasijas de su siervo el vino como en las bodas de Canaan, ya los dineros de su bolsa, para que no faltase á su confianza este consuelo, ni á los pobres de Jesucristo este alivio. Tratábalos con indecible cariño, sentábalos á su mesa, lavábalos los piés, serviales con alegría. ¿Quién estuvo necesitado, que no fuese socorrido? ¿quién en peligro, que no fuese amparado? ¿quién caído, que no recibiese la mano y el amor? Tenian los sanos envidia á los enfermos, viendo que les sobraba lo que ellos no tenian. Los pobres, para decirlo de una vez, le tenian por padre y único alivio en sus miserias, los afligidos por su consuelo, los enfermos por su médico, los pecadores por su abogado, y los virtuosos por su maestro.

Oíd sobre la misericordia de Eloy un breve testimonio de sus labios en su Homilía contra los ricos: «Guardaos siempre del camino ancho, que lleva á la perdicion, y entrad por el estrecho, que va á parar en la bienaventuranza. Á vuestros convites llamad los pobres y peregrinos, porque así lo amonesta el Señor por estas palabras: cuando haces alguna comida espléndida, no llares para ella los ricos, porque ellos no te conviden á ti, y quedes con eso pagado; sino llama á los pobres, á los flacos, á los ciegos y cojos, los cuales porque no te pueden convidar, te darán la retribucion en el convite eterno. Porque no es justo que en el pueblo cristiano, donde todos fueron redimidos con un mismo precio, y sirven á un

« mismo Señor, tengan unos el estómago satisfecho con espléndidos y costosos manjares, y estén los otros pereciendo de hambre. Pecado es que esté la polilla comiendo los vestidos que os sobran, no teniendo los pobres con qué cubrir sus carnes. ¿Por qué no atendeis á que nacimos todos iguales á este mundo, á que caímos desnudos á la tierra, á que tenemos la misma condicion humana, á que servimos á un mismo Señor, y á que hemos de salir de esta vida y estar juntos en el cielo? ¿Por qué no comerán á nuestra mesa los pobres, que después nos acompañarán entre los ángeles?» Conducido por estos principios, daba siempre lo que tenia, y aun mas de lo que tenia, segun la expresion de san Ambrosio.

Este es, señores, Eloy vuestro tutelar y patrono: este, repito, es vuestro ejemplar y maestro. La integridad de sus costumbres, el noble desinterés y fidelidad en las obras de su profesion, su aplicacion al trabajo y á los ejercicios de piedad, su celo por la honra y gloria de Dios, y sus entrañas de caridad con los pobres, sus vigiliias, ayunos, penitencias, sus trabajos apostólicos por la iglesia en todos los estados de su vida, que le elevaron á tanta gloria, son otros tantos poderosos motivos de imitacion, así en orden á vosotros, como por parte de los preladados de la Iglesia. Teman todos despreciar su ejemplo y su fidelidad en las funciones de su ministerio, porque en el día de la ira será un terrible fiscal, que acusará vuestra negligencia é infidelidad, la relajacion de vuestras costumbres, vuestra falta de celo por la honra de Dios y por el alivio de los pobres.

« Vosotros pues, hermanos míos, » concluyo con palabras de vuestro padre Eloy, « no desprecieis estas verdades que me ha parecido proponeros para vuestra salud. Delante del acatamiento de Dios y de toda la corte celestial que me escucha, he procurado cumplir con la obligacion de mi ministerio. La vuestra es abrazar esta doctrina, haciendo siempre la voluntad de Dios, para conservaros limpios de toda mancha. » Atended á la cantera de donde habeis sido cortados. Si Eloy es vuestro tutelar y patrono, que sean de Eloy vuestras obras. Este es el verdadero culto que espera de vosotros: este el que la Iglesia nuestra madre se propone en las solemnidades de los santos: este finalmente el que Dios quiere de vosotros para bien de vuestras almas, y para que su adorable nombre sea glorificado en los cielos y en la tierra. Amen.

SERMON

DE LOS SANTOS MÁRTIRES

EMETERIO Y CELEDONIO (*).

(DE SANTANDER.)

Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra in conspectu Domini terræ stantes.

Estos son dos olivos y dos candeleros, que están delante del señor de la tierra.

Apocal. c. 11. v. 4.

Qué esperais oír de mí, amado pueblo mio, al mirarme interrumpir los sagrados misterios del altar, y presentarme en este honroso puesto, cátedra del Espíritu santo? ¿Imagináis acaso que vengo á preconizar vuestras glorias, publicar vuestros blasones y eternizar con mis alabanzas vuestras dichas? ¿Creeis por ventura que pretendo hacer presente la santidad, antigüedad y prerogativas de esta iglesia, demostrándola en sus principios religiosísimo monasterio, en que desde tiempo inmemorial se ofreció á Dios noche y día sacrificio de alabanza por los santísimos monjes que le habitaban? ¿O que la represente como insigne abadía fundada por el gran rey Alonso el Casto, dotada por el señor rey don Fernando, y enriquecida con el absoluto dominio del pueblo por don Alfonso VIII, el que postró á la morisma en las Navas de Tolosa (1); siendo tan estimable esta dignidad de abad, que vino á obtenerla el infante don Sancho, hijo de san Fernando, que después fué

(*) Predicado en la iglesia catedral de la ciudad de Santander el año de 1790.

(1) *Nemo habeat dominium in villa, nisi tantum Abbas. S. Emeterii. Tit. concess.*